

De Autillo de Campos a Bolívar, una bala contra el olvido

Liliana E. Fuentes Astorga

“El patrimonio cultural inmaterial incluye prácticas y expresiones vivas, heredadas de nuestros antepasados, transmitidas a nuestros descendientes como: tradiciones orales, artes escénicas, usos sociales, actos festivos, conocimientos y prácticas, relativos a la naturaleza y el universo, saberes y técnicas, vinculados a la artesanía tradicional”¹.

La importancia del patrimonio cultural inmaterial no estriba tanto en la manifestación cultural, como en el acervo de conocimientos y técnicas, que se transmiten de generación en generación, y, dado que la lista de ámbitos no es excluyente, podría aplicarse a: juegos tradicionales, tradiciones culinarias, ganadería, peregrinaciones o lugares de memoria. Y, es por ello que los relatos de una familia palentina, con los testimonios orales y escritos de sus descendientes, que aún viven en la ciudad de Bolívar, han hecho posible que quienes tuvieron que lanzarse a una nueva vida, no quedaran en el olvido.

Desde el siglo XVI, América fue la tierra de las oportunidades para millones de europeos, que se veían obligados a abandonar sus familias y sus lugares de origen. Es a partir de 1840 cuando comienza un nuevo flujo migratorio, de características y circunstancias distintas a las del período colonial que se extendió hasta la primera mitad del siglo XX, y que incluyó a unos cincuenta millones de europeos. Eran emigrantes anónimos; hombres y mujeres que abandonaron su tierra para

¹ Convención de la UNESCO para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial, adoptada por la Conferencia General de la Organización en su 32^o reunión, en octubre de 2003. Entró en vigor el 20 de abril de 2006. (N.A.)

buscar, más allá del Atlántico, una vida de trabajo y prosperidad. El escritor Ariel Dorfman, señalaba:

“Con el tiempo empecé, a darme cuenta de que las pequeñas historias personales sí importan (...) Ante la fiebre consumista, que es marca de una época, hay que defender cosas esenciales como recuperar la pequeña historia de personas y lugares. Es una forma de luchar contra el dolor que dejan los exilios y las migraciones”².

Pablo Asensio, hijo de don Mariano Asensio Vargas y de doña Regina Castro Álvarez se casó en Autillo de Campos, provincia de Palencia, el 26 de septiembre de 1908, con Damiana Cermeño, hija de don Tomás Cermeño y de doña María Herrador. Vivieron en la casa familiar de la calle Ronda N° 12. Allí, nació el primer hijo, Benito, el 21 de marzo de 1910. Los tres emprendieron el viaje en barco a la Argentina, motivados por aspiraciones de ascenso económico y social, como sucedía en la mayoría de los casos³.



Autillo de Campos, Palencia. Casa de la familia Cermeño Asensio.

Realizaron la travesía con la familia de don Juan Santos, quien muchos años más tarde llegó a ser presidente de la Cooperativa Agropecuaria de Bolívar, y volvieron a encontrarse con sus familias transcurridos algunos años.

Durante el viaje Pablo cuidó al pequeño Benito pues la madre, como tantas otras, pasó en cama enferma por efectos de la marea. Hicieron escala en Brasil. “Desde la cubierta –relata uno

de sus nietos–, los pasajeros tiraban monedas a los niños que acudían a los puertos para bucear y recoger con los dientes lo que podían...”.

² Cita posiblemente tomada de *Memorias del desierto* (Barcelona: RBA, 2004). (N.E.)

³ La autora incluye en el relato algunas fotografías familiares más aparte de las aquí reproducidas, pero la calidad de las imágenes no es suficiente para su publicación. (N.E.)

Damiana ya tenía familia esperándola en la Argentina: una hermana en Luján, otra en Trenque Lauquen. En este sentido, expresa C. Yáñez Navarro:

“Las relaciones familiares o de paisanaje, ofrecían la posibilidad de rebajar los costes de traslado, y, mediante la actuación de las redes migratorias, permitían reducir los riesgos e incertidumbres de la emigración. A través de las cadenas, el emigrante accedía a su primer trabajo, a la vivienda, a la información necesaria para moverse con posibilidades de éxito en el nuevo continente”⁴.

En un principio, se instalaron en Villa Maza, Partido de Adolfo Alsina. Antes de la llegada del ferrocarril, ese lugar era conocido como Palomita Blanca. Poblado por grupos de indios más o menos pacíficos, que se fueron incorporando al trabajo, en estancias, y modificando sus costumbres de pobladores nómadas para integrarse con los descendientes de inmigrantes, de familias mestizas.

Es importante recordar que en 1881, el Dr. J. J. Romero, ministro del presidente Julio A. Roca, le entregó al señor Saturnino E. Unzué, propietario del campo Salliqueló, un lote de 10.000 hectáreas, correspondiente a la subdivisión de tierras ganadas al indígena. Este hecho se repitió en gran parte de la Provincia de Buenos Aires y generó una inmensa demanda de mano de obra rural.

Más tarde, la familia de don Pablo Asensio se trasladó a Yutuyaco, una estación del Ferrocarril Domingo Faustino Sarmiento, de la red homónima, en el ramal que une la Estación Rivera y la ciudad de Salliqueló, del mismo partido, donde habitaba una familia conocida.

Zona de raíces bien indígenas, actualmente de campos cultivados de soja o maíz, Yutuyaco significa “aguada de la perdiz” y su modesta estación de tren, de un sólo andén, es hoy una vivienda rural a la vera de trenes de carga.

⁴ Creemos que la cita está posiblemente tomada de: YÁÑEZ GALLARDO, César. *La emigración española a América (siglos XIX y XX)*. Colombes: Fundación Archivo de Indios, 1994. (N.E.)

Al comienzo, las condiciones de vida de los jornaleros rurales fueron muy duras, con graves dificultades económicas y claras señales de inestabilidad. Para construir este paisaje familiar, cuento con la memoria de doña Carmen Asensio de Sardiña, su vida como testimonio, y la de sus hijos: Adalberto y Edgardo.

La memoria es individual, está centrada en el yo... Don Pablo Asensio era muy serio, buena persona, y, como muchos inmigrantes castellano-leoneses, logró consolidar un espacio laboral en el ámbito rural. En Yutuyaco nació la mayoría de los hijos; en total una docena: Benito,



El grupo familiar.

Secundino, Regina, María Encarnación, Julia, Ángel, Florencia, Pablo, Mariano, Damiana, Carmen y Tomás Miguel. Carmen nació el 20 de marzo de 1928.

Recuerda que la mesa era muy larga y, para las comidas, se sentaban seis a cada lado, y los padres a la cabecera. Previo a instalarse definitivamente en Bolívar, vivieron unos años en Rivera, Partido de Salliqueló. Los

mayores habían crecido y, allí, Secundino se casó con Delfina Rojas, hija de españoles también emigrados y conocidos. Su descendencia vive actualmente en la localidad de O'Higgins.

Los arrendatarios, que era el modo que tenían de mejorar, debieron soportar en muchos casos inseguridad hasta la década de 1940, cuando se procedió a la venta de las tierras, ante las presiones fiscales ejercidas por el Gobierno Nacional.

Al cabo de los años, el campo que daba trabajo a don Pablo se vendió y tuvo que trasladarse a la Colonia San Luis, en el Partido de Bolívar. Primero, se trasladó el padre con los hijos mayores, y la madre quedó con una comadre.

Recuerda Carmen que su madre bailaba la jota y, al finalizar las tareas de día, escuchaba un programa de radio titulado *Por los caminos de España*.

Con lo que pudo, don Pablo construyó la vivienda, casi siempre era un rancho de un cuerpo de madera, barro y paja con piso de tierra. Allí, todos los niños colaboraban en las tareas, que eran muy duras por falta de comodidades –limpiaban la entrada y lo dejaban bien impecable– dice Carmen. Y recuerda que un pariente los trasladó en auto de Yutuyaco al campo y pararon en la Laguna San Luis. Toda su vida transcurrió en esa estancia. Creen recordar los hijos de Carmen, que era propiedad de Sara Madero Unzué de Demaría Sala, y su administrador era don José Tinelli, abuelo del conductor de TV Marcelo Tinelli y de su hermano Emilio.

El dolor llegó muy pronto a la familia Asensio. Julia, casada con don Juan Iparraguirre, falleció a los 23 años de un derrame cerebral, a los dos meses de celebrarse su boda. Por esta pérdida, la madre quedó devastada y nunca se recuperó.

Como ha sucedido en tantas zonas rurales, por el desplazamiento poblacional hacia las ciudades, en la Colonia San Luis un día cerró el colegio y los jóvenes Asensio pasaron a la Escuela de Vallimanca. Para ello, se quedaban toda la semana con la familia Villamor, propietarios de la carnicería y muy amigos de don Pablo.

Pablo Asensio compró 1.200 hectáreas en el Paraje San Luis, y, más tarde, adquirió una casa señorial en Bolívar, en la calle Venezuela 339, donde el matrimonio vivió sus últimos días.

Esta familia fue la propietaria de la primera radio en el campo; iban los vecinos de la zona a escuchar. También fueron dueños del primer auto que, de algún modo, indicaba el ascenso socioeconómico conseguido en tantos años de trabajo. Concurrían a los bailes que se organizaban en Vallimanca y jugaban a la lotería con la familia Zabattoni.

A los 63 años, retirado ya en su casa de la ciudad, don Pablo Asensio sufrió un ataque cerebral y quedó postrado en una silla, cuidado y rodeado de su numerosa familia.

La propiedad familiar, en Bolívar, se encontraba próxima al Colegio de los Trinitarios. El Padre Francisco, que por entonces realizaba continuos viajes a España, les consiguió en su momento la documentación correspondiente, pues, según recuerdan sus nietos, estaban indocumentados. También, se interesó por la casa materna de Damiana, en Autillo de Campos, pero sin éxito, pues no le dieron información.

Doña Damiana Cermeño de Asensio sufría del hígado y falleció a los 79 años, por trastornos propios de su edad.

Quiero reconocer y agradecer a doña Carmen Asensio de Sardiña el tiempo que me dedicó, su gentileza y afecto al compartir recuerdos y emociones en su domicilio. A sus hijos, Adalberto y Edgardo, por su compromiso y responsabilidad en la difícil tarea de reunir testimonios de vida. Mi agradecimiento se extiende al resto de primos y descendientes que, de un modo u otro, colaboraron con datos o matices.